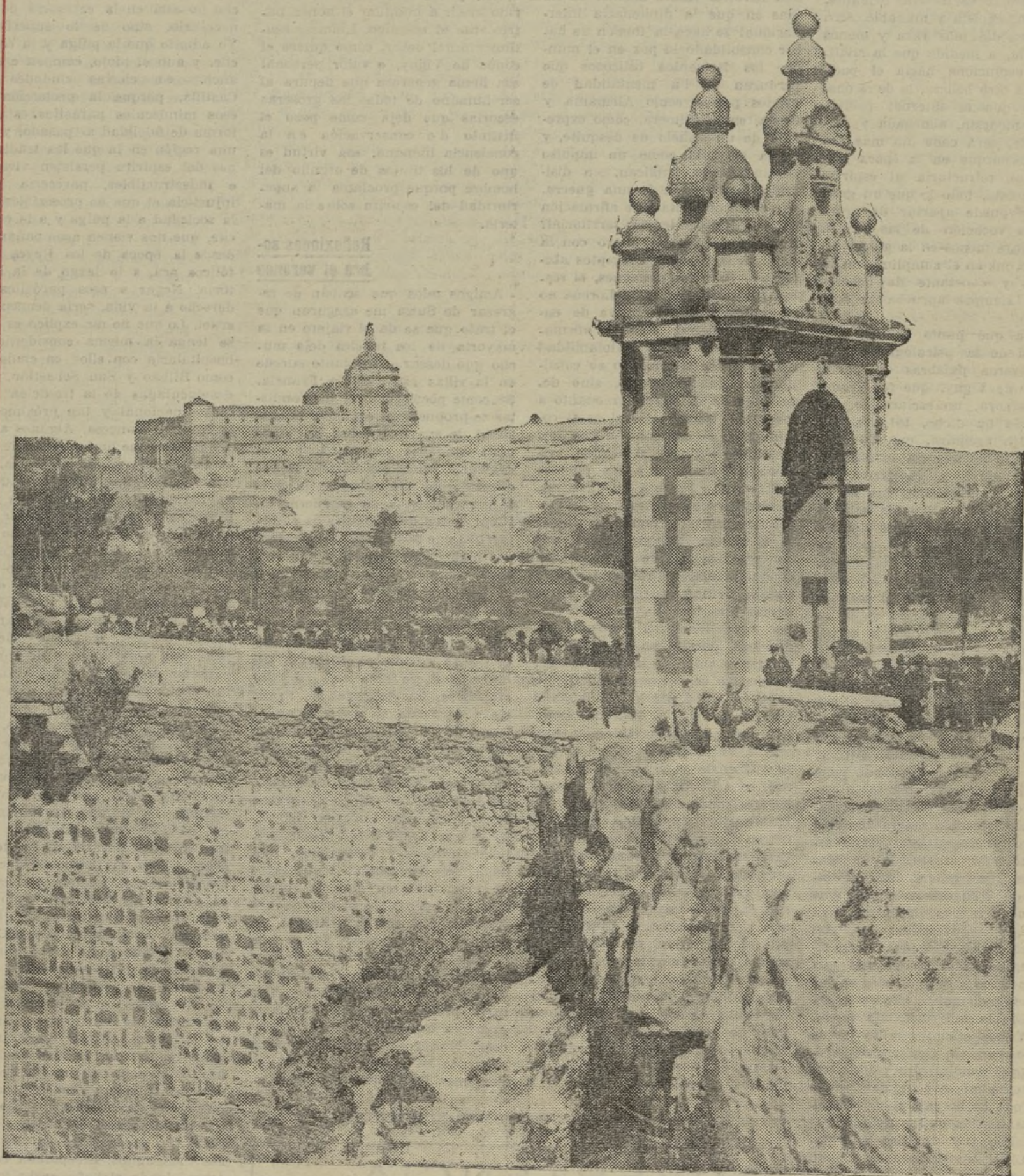


LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 7 DE SEPTIEMBRE DE 1924

NUM. 20.470



NUESTRO TESORO ARTISTICO.—Puerta y puente de Alcántara, de Toledo

A OCHO DIAS VISTA

Sobre el heroísmo

TIENE la vocación militar dos aspectos igualmente bellos: el del mando y el de la obediencia. La belleza del primero, siendo meramente externa, activa, brillante, orgullosa, egoísta y mudable, será de día en día más rara y menos envidiada, a medida que la civilización evolucione hacia el pacifismo. La otra belleza, la de la obediencia, que es interna, pasiva, oscura, modesta, abnegada y perseverante, será cada día más honorable, porque en la época presente, tan refractaria al espíritu de conquista, todo lo que un gran carácter puede aportar de grande a la vocación de las Armas, se reflejará menos en la gloria del combate que en el cumplimiento silencioso y constante de deberes que no siempre aprueba la conciencia.

Hasta qué punto definen una realidad de la psicología militar esas severas palabras del conde Alfredo de Vigny, que fué, como nadie ignora, un esclarecido soldado? Se ha dicho, tal vez con irreflexiva premura, que las guerras de independencia exaltan el valor personal, y las guerras de conquista lo deprimen. Eso no es del todo cierto. Reducir a fríos teoremas los movimientos del espíritu que se manifiestan por las reacciones del valor o del miedo, es ignorar los gérmenes de heroísmo que puede ocultar el corazón humano. En la ofensiva y en la defensiva, que eso viene a ser el guerrear por la conquista de lo ajeno o por la conservación de lo propio, intervienen las mismas fuerzas internas, revelándose por medio de las armas. Pudiera sostenerse, con visos de verdad, que en la conservación de lo propio, que es el territorio nacional, pone el hombre un más fogoso tesón que en la codicia del solar ajeno; pero esa afirmación marra también con frecuencia. Ahora mismo está perdiendo su sentido en Marruecos. ¿Qué quiere decir el episodio de esos dos aviadores que descendían a ras de tierra para avituallar a sus camaradas, con inminente riesgo de sus vidas, sino que el valor se impone con iguales bríos y temeridades en las guerras de conquista que en la defensa de la independencia nacional? Y ese oficial que se da la muerte por no rendir una posición, ¿qué más hubiera podido hacer frente al invasor del patrio lar? Todo hecho real rebasa siempre los límites de las definiciones abstractas, por amplias que parezcan. El contenido vital de un acto no cabe en la palabra, porque la vida del espíritu, que es algo fluido e incoercible, tiende a traspasar los convencionales muros en que pretendemos aprisionarla. Las severas frases del conde de Vigny no traducen, pues, una entera verdad; primero, porque nada prueba que el prurito

de conquista esté en decadencia, y después, porque la gloria militar que flota sobre el campo de batalla no ha dejado todavía de influir sobre el temperamento militar, precipitándolo en la temeridad heroica. Ahora mismo, en los días en que la diplomacia internacional se hace la ilusión de haber consolidado la paz en el mundo, los fermentos belicosos que perduran en la mentalidad de ciertos países como Alemania y Rusia, en la primera, como expresión de un anhelo de desquite, y en la segunda como un impulso revolucionario, publican, sin disimulo, la amenaza de una guerra. ¿Será de conquista o de afirmación de la independencia territorial? Aquí tropezamos de nuevo con la ambigüedad de los conceptos abstractos. Para los alemanes, el rescate de la Alsacia y la Lorena no significará una tentativa de ensanche nacional, sino la afirmación militar de la inviolabilidad del propio territorio. No se considerarán conquistadores, sino defensores de lo suyo. En cuanto a los rusos, como su ideal es el comunismo, se contentarán con imponer ese régimen, si pueden, primero a Polonia y a los pueblos bálticos, y luego a las otras naciones. En uno y otro caso, el hecho belicoso será fundamentalmente el mismo, aunque difiera, por las apariencias, de la agresión conquistadora. La realidad será el choque de unos pueblos con otros, pugna que dará lugar a frecuentes revelaciones del heroísmo individual, porque no se puede impedir que quien es bravo por temperamento se detenga a distinguir entre la lucha por la conquista o el combate por la independencia. A lo que no se llegará jamás, porque la Naturaleza se opone a todo lo arbitrario en el mundo fenomenal, es a la paz perpetua con que sueñan unos cuantos ilusos, por ignorancia, sin duda, del mecanismo de los instintos del hombre. Como las religiones no nos han purgado de egoísmos, la ideología pacifista no nos desarmará por dentro, estableciendo en la tierra una paz quimérica que tal vez no sea siquiera una realidad en la tumba. Las guerras son odiosas porque traen consigo una gran suma de dolor y porque destruyen la obra útil de varias generaciones; pero no porque retrase el advenimiento de un progreso moral tan visible en nuestra conciencia como los astros en el cielo, y tan

inabordable para el hombre como ellos. Entretanto, felicitémonos de que el heroísmo florezca en las almas y de que haya hombres, como esos aviadores españoles, que arriesguen su vida por salvar la ajena, y ese oficial que ha preferido morir a humillar el honor patrio ante el enemigo. Llámese sentimiento del deber, como quiere el conde de Vigny, o valor personal esa llama generosa que depura al ser humano de todas las groseras escorias que deja como poso el instinto de conservación en la conciencia humana, esa virtud es uno de los títulos de orgullo del hombre porque proclama la superioridad del espíritu sobre la materia.

Reflexiones sobre el veraneo

Amigos míos que acaban de regresar de Suiza me aseguran que el trato que se da al viajero en la mayoría de los hoteles deja mucho que desear. Otro tanto sucede en la villas estivales de Francia. Se come poco, como si los fondistas se propusieran combatir la obesidad de sus huéspedes. En algunas ciudades españolas, por el contrario, creen los hosteleros que alimentando con exceso a la gente contribuyen a su regeneración. ¿Cuál de los dos sistemas es el mejor? ¿El que nos condena a devorar dos platos muy tasados y una verdura, como en Francia y Suiza, o el que nos abruma el estómago con seis platos, que es el menú corriente en los hoteles españoles? Sin pretender usurpar su autoridad para decidir el dilema a los higienistas, yo creo que *in medio est virtus*. Los fondistas de Francia y de Suiza se asegurarían el favor de la clientela usando de cierta largueza en el repertorio alimenticio, y los hospederos españoles no perderían nada aminorándolo, con tal de que mejorasen los condimentos. Lo peor del caso es que España, tan tradicionalista en ideas y costumbres, está haciendo demasiadas concesiones al extranjero en materia culinaria. ¿No es risible el que se nos imponga la cocina francesa en Avila o en Granada? No es que yo tire a desacreditar los platos extranjeros. De lo que protesto es de que no estén bien aliñados. ¿No sería preferible comer bien a la española a comer mal a la francesa? Nuestros fondistas entienden a zurdas su interés dando al viajero más de lo que éste necesita.

En la mesa se le suministra el alimento con exceso, y en la alcoba, además de la cama y de los bártulos de aseo, se le obliga a transigir con la vecindad de la chinche. ¿Cómo hacer comprender a nuestros hospederos que la chinche no está en la categoría de lo necesario, sino de lo superfluo? Yo admito que la pulga y la chinche, y aun el piojo, campen a sus anchas en ciertas ciudades de Castilla, porque la protección a esos minúsculos parásitos es una forma de fidelidad al pasado, y en una región en la que las tradiciones del espíritu persisten vivaces e indestructibles, parecería una injusticia el que se proscibiese de la sociedad a la pulga y a la chinche, que nos vienen acompañando desde la época de los Reyes Católicos acá, a lo largo de la Historia. Negar a esos parásitos el derecho a la vida, sería demasiado cruel. Lo que no me explico es que se tenga la misma consideración hospitalaria con ellos en ciudades como Bilbao y San Sebastián, tan desvinculadas de la tradición histórica nacional y tan próximas a la frontera francesa. Algunos amigos míos se me han quejado de ese exceso de tolerancia. En Suiza, en Biarritz, en San Juan de Luz y en Hendaya y Guethary dos fondistas se contentan con cobrar caro el hospedaje, economizando las vituallas para eludir la responsabilidad de que el huésped contraiga achaques artríticos por obra de una alimentación demasiado abundante. Ese tacto de dar lo menos posible, a cambio de lo más, está muy de acuerdo con el carácter del suizo y del francés, tan aficionados al orden, a la medida y al ahorro. Pero esos fondistas no han creído necesario, para el crédito de su negocio, el dar al huésped el suplemento nocturno que le dan en algunos hoteles de Castilla, de Bilbao y de San Sebastián. La chinche es desconocida de fronteras acá. ¿Será eso una prueba de atraso? De todas suertes, hay que respetar el criterio del viajero, aunque nos parezca absurdo, y ese criterio no parece, por ahora, favorable a la convivencia con seres que el Creador ha puesto en la tierra para el contento de pueblos apegados a la tradición. Ya es bastante con que de fronteras acá se transija con el cambio de humores que impone la época estival. En Francia, como en España, cuando un hombre baila con una mujer, podrá decirle, de cien casos en noventa, galantemente: —Señorita, a usted o a mí nos huele el sobaco...

En eso de la limpieza, los países más cultos, exceptuada Inglaterra, donde el baño se ha vulgarizado mucho, nada tienen que echar en cara a los pueblos tradicionales. Isabel la Católica y Juana de Arco sentían el mismo desdén por el agua y el jabón...

Manuel BUENO

Guethary, agosto 1924.

ADVERTENCIA

Recordamos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que en «ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados, ni mantener correspondencia acerca de ellos

Al rededor del estilo

XX

El amigo Galdós sobre el estilo

El último, en la isla, El Amigo Manso, de nuestro Galdós; su novela que pasa por ser la más personal, en el sentido de más introspectiva o más autobiográfica. En todos los personajes de un novelista hay algo de éste; pero en Máximo Manso hay poco, muy poco, que no sea de Galdós. Y es significativo que sea esa novela aquella en que encontramos ciertas indicaciones sobre el estilo. Cuando D. Benito iba a dársele a sí mismo, bajo un pudoroso disfraz—era hombre recatado—, preocupábase del estilo.

«Yo no existo...» — empieza diciendo Máximo Manso, a manera de un catedrático—. El amigo Galdós dudaba de su propia existencia, es decir, de su propia personalidad, de su estilo. Y prosigue: «Soy (diciéndolo en lenguaje oscuro para que lo entiendan mejor) una condensación artística, diabólica hechura del pensamiento humano (*ximia Dei*), el cual, si coge entre sus dedos algo de estilo, se pone a imitar con él las obras que con la materia ha hecho Dios en el mundo físico...»

Se ve, pues, que ya desde que trata de crearse, de darse existencia, el Amigo Manso, el amigo Galdós siente que tiene que ser con el estilo cogiéndolo entre los dedos. Pero en Dios el estilo es dedo. O el dedo es estilo. Sólo una vez se nos cuenta que escribiese el Cristo, y fué con el dedo y sobre la arena del suelo. Y el dedo de Dios, el estilo de Dios, es el destino. Al crearnos, crea nuestra suerte.

Hablando de Manolito Peña, su discípulo, el Amigo Manso dice: «Entonces caí en la cuenta de que su verdadero estilo estaba en la conversación y de que su pensamiento no era susceptible de encarnarse en otra forma que en la oratoria.» Y añade poco después: «Refractario a la filosofía, rebelde al estilo! ¡Pobre Manolito Peña! Pero si la conversación era su estilo y conversaba, no era refractario a él. Y el propio estilo del amigo Galdós, que era un taciturno, un hombre de escasa conversación, era un estilo oratorio que se buscaba en otra forma, que pretendía huir de la oratoria, huir de sí mismo.»

En otro pasaje dice: «Como el muchacho era rico y había de representar en el mundo un papel muy airoso, debía prepararse a ello, cultivando, y ensayando desde luego, el aspecto, la forma, el buen parecer, el estilo, pues esto es ésto que da al carácter lo que la frase al pensamiento, es decir: tono, corte, vigor y personalidad.» Y he aquí una definición genuinamente oratoria, o, mejor, una indefinición. Eso de «tono, corte, vigor y personalidad» se le ocurre al que está buscando su estilo sin encontrarlo, al que se está buscando—después de declarar: «yo no existo»—sin encon-

trarse. Manolito Peña tenía que prepararse a representar en el mundo un papel muy airoso cultivando y ensayando el estilo. ¿Solía ayudarlo en ello su maestro, el Amigo Manso? Muy escasamente.

Bastante más adelante, treinta y seis páginas después, dice: «La persona tiene su fondo y su estilo: aquél se ve en el carácter y en las acciones; éste se observa, no sólo en el lenguaje, sino en los modales, en el vestir.» Pobre y triste concepto del estilo, que se reduce a algo accidental y muy exterior.

Y el pobre concepto que el amigo Galdós tenía del estilo, a pesar de decir que con él imita el hombre las obras de Dios, se ve más adelante, en lo que dice hablando de Irene, y es así: «Hasta su graciosa muletilla, aquella pobreza de estilo, por la cual llamaba tremendas a todas las cosas, me encantaba...»

¡Pasaje capital y hondamente significativo! El amigo Galdós, como los meros y netos oradores, confundía la pobreza de estilo con la pobreza de vocabulario, sin comprender que cabe un estilo riquísimo, la expresión de una personalidad riquísima—que siempre será una expresión riquísima—con un vocabulario pobrísimos, con unos centenares de palabras. El amigo Galdós debía de creer, como Canalejas, que el estilo oratorio consiste en la abundancia de palabras diferentes, en el juego de los sinónimos. Y hay veces en que la riqueza de estilo exige el repetir una misma palabra, la céfida, cuantas veces sea menester.

Hay hoy un orador político español, un ex ministro, que cuando habla rara vez da con el epíteto único, el insustituible, y ni le busca, por lo cual no vacila al hablar, no roza una expresión y parece estar recitando algo aprendido. No huye el pensamiento, ni lo modela, sino parece estar fundiendo algo que se le dió hecho y modelado. Pero, en cambio, jamás le falta el rodeo para sustituir al trazo derecho que no encuentra; jamás le falta la paráfrasis que ocupa el hueco del epíteto insustituible. Y a esto se le llama oratoria.

La pobre Irene, la que acabó casándose con Manolito Peña, los dos discípulos del Amigo Manso, tenía su muletilla de llamar «tremendas» a todas las cosas; pero el estilo de su maestro, del Amigo Manso mismo, eran un estilo todo él de muletillas, de frases de cajón, de expresiones trilladas. Era el estilo de quien empezaba declarando que no existía, y sufría por no existir, de quien se estuvo buscando toda su vida sin haberse encontrado. El Amigo Manso creía que el hombre imita las obras de Dios, cuando es, acaso, Dios quien imita las obras del Hombre, del Hombre que le crea merced al lenguaje.

Miguel DE UNAMUNO

La Virgen de septiembre

CONMEMÓRASE mañana, con extraordinario esplendor, la Natividad de María Virgen, suceso magno, que, según dice San Jerónimo, «bienandanzas inmensas anunciaba al universo mundo».

Aunque no sea posible puntualizar desde qué fecha nuestros mayores consideraron como día muy principal el del nacimiento de la Madre de Cristo, cabe admitir que ello fuese antes de la invasión de los árabes, habida cuenta de que la gente hispana que con anterioridad al vencimiento del hereje Nestorio rendía culto en los altares a Nuestra Señora, debía acoger con extremada simpatía semejante festividad, que, conforme es sabido, data del año 687, en que el Papa Sergio dispuso que fuera celebrada por los cristianos de todas las edades, de todas las categorías y de todos los países.

Nada más poético que algunos de los cánticos y oraciones que se oyen en las iglesias durante la mañana del 8 de septiembre.

«Aurora celestial, Madre e Hija de Dios, ¡Cuán hermoso y feliz es para nosotros el día de tu aparición en este valle de lágrimas!»

«El sol te envuelve con su luz; la luna besa tus plantas divinas; sobre tu cabeza celestial brilla una corona de doce estrellas.»

«Alabada eternamente seas, rama de Jessé, cuyo único fruto debía ser el bendito Redentor de los hombres. Sin perder tu virginidad fuiste Madre del Salvador. El que no cabe dentro del Orbe tuvo a bien encerrarse en tus febles entrañas.»

Conocida es universalmente la tradición del nacimiento de María.

Cierta vez, siendo bastante ancianos los esposos Ana y Joaquín—de quien se dice que tenía en las venas sangre davidica—, concurren juntos al templo de Jerusalén, durante la fiesta de las Encenias, instituida por Judas Macabeo, y al presentar una ofrenda humilde al sumo sacerdote, fueron reconvenidos por éste como culpables de haberse mezclado con los matrimonios fecundos, sabiendo que entre los hijos de Israel cuantos no tenían descendencia estaban considerados cuasi seres malditos.

Disgustados muy profundamente por la reprensión recibida a la faz de todos, alejándose ambos cónyuges de la sociedad de sus parientes y familiares, y hallándose los dos en oración un día del año 723 de Roma—el sábado 8 de diciembre, según San Agustín—, apareciéronse el ángel San Gabriel, el cual, por orden del Altísimo, les anunció que no sólo serían padres en plazo muy breve, sino que tendrían por hija a la bendita Virgen, que, según estaba anunciada, había de quebrantar la cabe-

za de la serpiente inspiradora del primer pecado.

Nueve meses más tarde, en un villorrio de la vecindad de Nazareth, llamado Sefero, donde poseía algunos bienes el santo matrimonio, desencajábanse las entrañas de la esposa de Joaquín y venía al mundo la celeste niña que debía ser, con el tiempo, Madre de Jesús.

Ya queda dicho que, a partir de la séptima centuria, se celebra en tal día como hoy el glorioso aniversario del nacimiento de María.

Desde esa época, ya bastante lejana, hanse olvidado en nuestro país muchas fiestas notables; pero esta del mes de las vendimias solemnizase cada vez con esplendor más extremado, por no existir una sola población de aquende el Pirineo al final de la Bética—que por algo se llama la tierra de María Santísima—, donde, además de la efígie del santo titular, no se venera alguna imagen de la Reina del cielo.

Ante los altares marianos de las grandes basílicas españolas, llenos de flores, acuden en tal día a prosternarse los poderosos de nuestra raza, y hasta en las aldeas repican las campanas de los santuarios, suena el tamboril, estalla algún cohete, y niñas y mozas, luciendo sus galas mejores, van a oscular los pies de la Virgen Santa.

Hace doscientos años celebraban los madrileños esta festividad de septiembre en la antañona parroquia o colación de Santa María, en las capillas del Palacio Viejo y del Retiro, en las Descalzas Reales, en San Felipe, en Nuestra Señora de Porta-Coeli, en Santo Domingo y en el convento de Copacavana; más adelante solemnizábase en el Buen Suceso, San José y San Pedro el Real, en Santa Teresa, San Antonio del Prado y en la Encarnación, en San Isidro, la Virgen del Puerto y las Escuelas Pías de San Fernando; actualmente, aunque por disposición pontificia de 1908 no sea ya fiesta de precepto, conmemórase el natalicio de la *Sin Pecado* en varios edificios religiosos de Madrid, y particularmente en la catedral de la Almudena, adonde es uso que acuda una representación del Ayuntamiento a fin de cumplir el voto que hizo la villa, reinando don Felipe IV.

Y esta noche, también según añeja costumbre, se verificará en la calle de Segovia, en el paseo bajo de la Virgen del Puerto y en el campillo de las Vistillas la última de nuestras tradicionales verbenas.

No gustan de esta fiesta humilde, donde triunfan el escabeche y el vulgar peleón, las hembras posuinas y los mezos de rumbo que van a la Bombilla, durante la vis-

pera de San Antonio, a comer langostinos y a beber vinos caros; pero forman legión las gentes de modesta categoría que acuden a la típica melonera para marearse en un «tío vivo», comprar quicallería barata, comer churros y servir de espectáculo en cualquier «pim, pam, pum».

Los paseos por las Vistillas entre montones de frutas, carros prehistóricos, burros en libertad y barracas construidas con una veintena de palitroques y algunos metros de tela de sacos, ofrecen también ocasión a la juventud verbenera para divertirse sin gran detrimento de su bolsillo.

¿Cómo que allí todo se reduce a comprar un melón a la novia, y si le sale pepe, echarle a rodar por las escalerillas de la irónicamente llamada Cuesta de los Ciegos!

José F. AMADOR DE LOS RÍOS

LIBROS AMERICANOS

"El Barro Florido"

No es el libro; es el poeta. Hablamos del poeta. Del libro—os lo advierto—podría hablaros muchas cosas; podría deciros que es de lo más deliciosamente raro que podáis leer en castellano; es un libro que desde el primer momento os convencerá de que estáis en presencia de uno de esos grandes poetas absurdos.

Pero hablemos del poeta. Ese libro exquisito es el poeta de hoy; no sé si el de mañana. Todo es evolución; vamos en espera de la contraorden; vamos siempre provisionalmente; ¿quién sabe si el próximo libro de ese poeta, el tercero o el cuarto, no acusará ningún parentesco con este hermano mayor? El poeta del primer libro no sabe qué zumos de experiencia tendrá que acumular para el segundo.

Pero lo que no cambiará nunca, lo que no cederá a ningún imperativo de la vida, es ese poeta que hay en ese hombre. Queremel es el poeta sin remedio; algo pasados de moda están quizá estos alucinados. ¿Verdad que os lo imagináis de aceitosa melena, barba desordenada, corbata flotante, sombrero de «Quartier» y la americana condecorada de lamparones? No, no es así; es un devoto de la higiene; sabe presentarse decorosamente ante su propia vocación; honra a la belleza, venera el ritmo y oficia ante ellos con el arreglo conveniente.

Pero en todo lo demás podéis estar seguros de que no existe hoy más definitivo ejemplar de la «familia» lírica. Poeta sin interrupción, poeta sin vacilación, Queremel está mortalmente enfermo del divino quebranto. Me atrevería a deciros que no sirve para otra cosa. Sí; fuera de la poesía y de sus irradiaciones (pródromo típico, cuadro sintomático normal: estado de introspección, hiperesesia lírica, devoción del ritmo, manía persecutoria de una mujer sin domicilio...); fuera de esa actividad, Queremel no sirve para nada. No vacilo en declarar que he encon-

trado en ese muchacho uno de los más vibrantes temperamentos líricos de España y América. Original, a veces, hasta lo paradójico; ingenioso y fácil, ese torturado, ese desesperado de la lírica, da a veces algo de pena; tal es en él el instante de concepción. Un gran poeta, un absurdo poeta. ¿Ultraísta? Nunca, no; de ningún modo; si por ultraísmo se entiende esa manera de hablar a España en ruso y al corazón en acertijos; ultraísta, sí; si por ultraísmo se entiende el constante y desesperado anhelo de renovarse en sí mismo, sin prescindir de sí mismo, de ir más allá de la expresión, siempre que eso pueda expresarnos.

Y ahora, no al gran poeta, no al admirable poeta a quien yo aclamo como una gloria de mi generación, sino al hombre, alcanza también mi voz entusiasmada.

Es bueno, irremediablemente bueno, y así son los poetas altos, los definitivos, los que van por los siglos marcando etapas como linderos en los campos sembrados. Bueno como Darío, poeta como Darío. Queréis más; él, no; él se conforma, y es grande.

Ahora me diréis: —Pero no nos ha hablado usted de *El barro florido*.

No; os he hablado del poeta. Pero también os diré que eso mismo es el libro; leedlo. Lo leeréis muchas veces, y a cada nueva lectura os dejará mayor encanto. Ese libro es hoy el poeta. Y el poeta es ese libro; el poeta humano y vegetado del imposible mal: barro florido...

Andrés Eloy BLANCO

LA ENSEÑANZA EN MÉJICO

Don José Angel Ceniceros, jefe del partido orientador estudiantil de Méjico, ha organizado en aquella República un plebiscito entre intelectuales, con objeto de elaborar un plan de enseñanza universitaria.

«Nuestras leyes e instituciones —dice en el manifiesto— son exóticas, extrañas, por lo tanto, a nuestro medio social. Esta verdad no es discutida por nadie, dada nuestra tendencia a europeizarnos a ultranza, y en general a transplantar instituciones extranjeras que, productos de factores sociales distintos a los nuestros en grado y variedad, difícilmente se aclimatan. Con instituciones coloniales e importaciones de reciente creación, elaboradas por una civilización muy superior a la nuestra, nada tiene de extraño que, desde la independencia a nuestros días, hayamos ido dando tumbos en medio de una vida artificial, por lo saturada de mentira en todos los órdenes. Valiéndome de la clara expresión de un maestro mío, diré que la civilización nos ha atropellado, y nos ha atropellado por descuidar el factor propio en lugar de aprovecharlo, a fin de que el país viva sus propias energías.»

El Sr. Ceniceros termina brindando esta oportunidad a los intelectuales españoles para que contribuyan al éxito del plebiscito.

PERSPECTIVAS

San Isidoro de León

CALLEJAS estrechas, plazas silenciosas. Primeras horas de la tarde. Tocaban sonora y atropelladamente las campanas de las iglesias las vísperas del señor Santiago.

Llevamos en León unos días... Ya nos vamos familiarizando con sus soportales, con sus casonas, con sus iglesias, con sus paseos, con sus gentes. Hemos visto las barriadas populares, los mesones con sus tenadas típicas, los jardines de las afueras, la ermita de Nuestra Señora del Mercado. Tenemos nuestros amigos. Y queremos saborear en estos últimos días una impresión única en el reino de León: la visita a San Isidoro.

Tocan a vísperas las campanas. Sin preguntar a nadie, nos perdemos, adrede, por unas calles estrechas, inextricables. Un cura camina presuroso por la plaza. No sabemos dónde está San Isidoro, y vamos sin priesa, atraídos por las campanas, que percibimos más clara y distintamente cada vez.

San Isidoro. Aturde el tañido de los bronceos. Ciega la luz solar en la plazuela. Desde el atrio contemplamos la fachada peregrina. Predomina el carácter bizantino en San Isidoro. Todas las ventanas —las de la nave baja, las de la principal, las del crucero— llevan en sus jambas distintos capiteles. El edificio está ceñido por cornisas y canecillos. Se destaca, junto a la portada, un ábside lateral, de proporciones reducidas. Están en obra, han tapiado la mitad del atrio y el escandaloso resonar de las campanas forma endiablada algarabía con los martillazos de los carpinteros.

Desde el atrio me voy dando cuenta, lentamente, del sabor de San Isidoro. El brazo del crucero avanza a la derecha. Entre sus rudos contrafuertes se destaca la puerta románica; dos cabezas de león sostienen su dintel. Una imposta ajedrezada sostiene dos magníficas ventanas de columnas dobles. Sobre la línea del brazo mayor, la puerta de ingreso a la basílica.

Heme dentro de ella. Tiene la iglesia tres naves; las bóvedas son arrogantes; los pilares están asentados sobre zócalos. Media iglesia está tapiada por un panderete. Apenas puedo curiosear a mi antojo la austeridad, la llaneza, la elegancia, la exquisita sencillez de la basílica leonesa. El abad, con una maza de plata, se dirige al presbiterio; lleva una magnífica capa granate. Inicia sus laudes, y los canónigos, desde el coro, contestan a las plegarias del abad.

Como son vísperas solemnes, el órgano llora, ruge, canta, brinca de gozo, se estremece de espanto, insinúa con mimo, increpa con estruendo, según que los capitulares se lamentan, cantan las glorias del Señor, dicen alabanzas, se enternecen de amor o lanzan apó-

trofes. El canto es llano, de días solemnes. Los canónigos regulares, amantes de los cánones de la liturgia, un poco viejos y apocados ya, tienen voces temblonas, que resbalan bajo las bóvedas estremeciéndose.

Estos cantos, oídos en San Isidoro durante una tarde de julio, ante dos pobres mujeres que están arrodilladas delante del Sacramento, tienen una emoción singular. Las arcadas del crucero dejan apagar el estruendo de los cantos litúrgicos. Las ventanas bizantinas tamizan y velan la luz de la calle para disponernos al recogimiento. La iglesia está llena de sombras. El preste—que es el abad—tiene una voz fuerte y juvenil; las voces que llegan del coro son temblonas y apagadas. Y en este contraste, tan bello, de la templanza refrenando el brío, de la calma dirigiendo la fuerza, hay una grata invitación a la vida del claustro, que ya se ha desengañado de los vaivenes mundanales.

Las sombras se van adueñando de San Isidoro. Veo el panteón adosado a la iglesia. Sus bóvedas, bajas y sombrías, descansan sobre dos columnas sueltas. Otras, cilíndricas, están empotradas en los muros.

El calor de la estación se ha deshecho en una tormenta. Gotea la lluvia sobre la tierra; relámpagos cárdenos iluminan la estancia; ruedan y zumban los frenos clamorosamente desde lo alto. Alumbrado por una luz amarilla, veo los túmulos de los señores Reyes de León. Doce túmulos sencillos, severos, sin labores, están alineados bajo las bóvedas. Vistos con esta luz de tormentas, me producen una impresión extraña. Me parece ver a la Infanta doña Sancho descendiendo por el caracol de la iglesia con su amplia túnica, con sus mangas arrochadas, con sus cabellos recogidos en redecilla, hacia el panteón, rezando por el alma de su hermano Alfonso V, el Emperador. Me parece revivir, ante esos huesos de Reyes, Príncipes e infanzones, épocas rudadas de una fe que se impone a tizonazos. Y aquí mismo, en esta iglesia, relicario de santos, donde los restos del gran arzobispo de Sevilla, San Isidoro, y los del pobre San Martín, que de tonto se hizo listo a fuerza de arañar teologías, y la mandíbula inferior de San Juan Bautista se exponen, reverencian, revivimos la historia de León, no la estruendosa, sino la otra, la subterránea, la formada por el trabajo, lento y oscuro, de los que dieron fisonomía al reino fronterizo.

Saludamos al abad. Vemos el monasterio. De noche ya, al perdernos de nuevo en la plazuela, yo os aseguro que he visto en el atrio las sombras de los dos Reyes asesinando al dulce conde Don García la víspera de su boda.

José SANCHEZ ROJAS

EL MONARCA Y LA SIBILA

HABÍA una vez un rey tan desconfiado y descontentadizo que vivía en continua zozobra y nunca encontraba cosa que le agradara.

Antes de gustar los exquisitos manjares que le servían, obligaba a probarlos a Marmitón IV, su cocinero, así llamado por ser biznieto del gran Marmitón, mago de la cocina, al que ofrecieron sumas fabulosas varios reyes, huéspedes ilustres del bisabuelo de Farfán, el monarca de mi cuento. Pero él había jurado fidelidad y servidumbre a su señor, y no quiso dejarle. Murió un día, ya muy anciano, dirigiendo el complicado condimento de cierto plato que guisaba su nieto, Marmitón III.

Gran pena causaban al biznieto fiel de tan fidelísimo servidor la desconfianza injusta de Farfán y el no lograr darle gusto, y, en cambio, el escanciador, así es la vida, estaba encantado por tener que probar los exquisitos vinos de la regia mesa.

No teniendo hijos el rey, era su heredero su sobrino Gilberto, un príncipe muy bueno, muy querido del pueblo y de quien recibiera continuas pruebas de intenso cariño. Pues, todo inútil; su señor tío le amarga la existencia por pensar que deseaba la muerte para ceñirse la corona.

De noche, temiendo entraran a quitarle la vida, encerrábase Farfán en su regia estancia, dejando la espada desnuda junto al lecho; vigilaba el trabajo de sus sastres y zapateros; en fin, a nadie dejaba vivir. Pero él también era muy desgraciado, y resintiéndose su salud porque apenas comía ni descansaba con sosiego, no gozando un instante de paz.

Hizo venir a un afamado doctor de lejanas tierras, no fiándose de los médicos palatinos, ni aun de ninguno de su reino.

El pobre señor se devanaba los sesos, sin atinar con la dolencia del monarca, por ignorar que su endiablado carácter era la causa de ella, y, por último, le dijo que le hallaba muy débil, recomendándole una enérgica sobrealimentación. Muchos huevos, leche...

Entonces ocurrió algo insólito, que al buen doctor causó gran susto, creyendo se las había con un loco.

—¡Que me traigan una vaca!— gritó el rey, interrumpiendo el discurso del médico.

Llevaron la mejor de los regios establos.

—¿Os parece que está sana, doctor?

Sorprendido y molesto por las preguntas de Farfán, estuvo a punto el médico de contestar que no era veterinario; pero recordando su temor de que su augusto cliente hubiese perdido el juicio, acercóse al animal, lo examinó y repuso:

—Goza de cabal salud, señor.

Oír esto, saltar el monarca del



lecho y ponerse, en grotesca postura, a extraer con avidez el codiciado alimento — pues tenía un apetito atroz —, acercando sus regios labios a la ubre misma de la vaca, todo fué uno. El doctor y los palaciegos, con gran esfuerzo, contuvieron la risa, y el primero preguntó al chambelán, que hallábase a su lado:

—¿Está loco el pobre?

—¡Qué! Es que teme ser envenenado.

—¡Ah, sí! Pues ahí se queda; no quiero que me cuelguen.

Y corriendo a todo correr, abandonó el palacio.

Tomando muchos huevos crudos y bebiendo mucha leche, Farfán recobró muy pronto las fuerzas perdidas; mas no la calma deseada.

Y convencido de que ningún médico acertaría a curar su mal, y resuelto a poner fin a sus inquietudes y pesares, como no se le ocurrió, en su orgullo, que en su mano estaba el remedio — pues no era otro sino reformar su carácter —, fué de incógnito a consultar con una famosa sibila, una vieja gitana, de cuya ciencia referíanse maravillas.

Pero aquella, como todas las adivinas, era una solemnísima embustera, una embaucadora, que explotaba la candidez de cuantos a ella acudían, que no eran pocos, por cierto que casi ninguno era creyente, prueba palmaria de que quienes no creen en Dios, casi siempre creen patrañas.

Bueno; pues Farfán llegó disfrazado y solo a la casucha de la gitana, muy ufano de no ser para nadie conocido; pero no contaba con que la sibila era una gran fisonomista, que reconoció al punto a su augusto cliente. Claro es,

se hizo la tonta; dirigióle algunas preguntas, leyó su destino en las rayas de la regia diestra, pronunciando luego algunas frases en extraño lenguaje, recomendándole luego volviese dos días después, porque necesitaba — dijo — preparar con ciertas plantas un elixir que pondría fin a sus tormentos.

El rey, pagando espléndidamente la consulta, se marchó muy satisfecho de la ciencia de la gitana y, con toda puntualidad, fué a buscar el elixir famoso. Dispuesto estaba en primorosa botellita. Farfán pidió precio.

—Lo que vos queráis darme, señor. No hay oro en el mundo para bien pagarlo, tan maravillosos y rápidos son sus efectos. A las plantas he añadido, para darle gusto exquisito, suave bálsamo. Con una sola gota que vertáis en los manjares, el más insípido será delicioso, y si, lo que no es de temer, una mano aleva hubiera vertido en ellos pócima mortal, mi alixir anularía su efecto. Nada teméis, pues, que temer de vuestros enemigos, si los tuviérais, porque nada podrán contra vos.

El monarca la recompensó espléndido, marchándose loco de júbilo.

Desde entonces, muy convencido de las maravillosas virtudes de su elixir, encontraba deliciosos los guisos de Marmitón IV, y llamóle un día para felicitarle y decirle que le aumentaba el sueldo; convenciéndose del cariño de su sobrino y de la lealtad de su chambelán y de todos los palaciegos.

Y vivía feliz, dejando vivir contentos a Gilberto, a cuantos le rodeaban, que admirábanse de tan rápido y favorable cambio.

Tan encantado estaba con el elixir de la sibila — ignoraba que no

era sino un cocimiento de violetas y miel —, que cierto día reveló su secreto a su sobrino y a los médicos de palacio, quienes manifestaron tímidamente su deseo de analizar el misterioso líquido, accediendo el monarca muy satisfecho.

Y aquí fué Troya. Primero, no quería dar crédito al dictamen que echaba por tierra sus ilusiones; convencido al fin, ciego de ira, hizo que condujesen a palacio a la gitana, y, al verla en su presencia:

—Vieja bruja — la dijo, echando lumbre por los ojos —, te haré colgar. Me has engañado miserablemente.

—Perdón, gran señor — repuso ella tranquila —; os he hecho un gran servicio. Os conocí apenas entrasteis en mi humilde choza, y sabiendo cuál era el motivo de vuestras inquietudes y penas, y no pudiendo yo, ¡pobre de mí!, deciroslo, os hice concebir una ilusión que os ha curado de vuestra desconfianza y de vuestro hastío. Ahora disponed de vuestra sierva.

—¿Qué te parece lo que dice esta mujer, Gilberto?

—Que tiene razón, tío amado. ¿No sois feliz? ¿No halláis placer en lo que antes os desagradaba? ¿Sí? Pues entonces...

El monarca convencido de ello, encontró muy graciosa la estratagemma de la gitana y, riendo, la dijo:

—Levántate, mujer; has sido lista y has demostrado quererme bien y desear la ventura de mis súbditos. Vete tranquila y sabe que ahora mismo daré orden de que te sea entregada una crecida suma. Pero cuidado con engañar a nadie en perjuicio suyo o de tercero.

—Nunca lo hice, gran señor.

Rindióle mil gracias, saludándole con otras tantas reverencias, y se marchó contentísima.

María Berta QUINTERO

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14.-MADRID.-Apartado 502

ÚLTIMAS NOVEDADES

- JOSÉ FRANCÉS:**
«La danza del corazón», novela 5 pta
E. GÓMEZ DE BAQUERO:
«El renacimiento de la Novela», crítica..... 5
A. HERNÁNDEZ-CATÁ:
«Libro de Amor», novela..... 5
ANTONIO MACHADO:
«Nuevas canciones»..... 5
VERLAINE:
«La buena canción», traducción de D. Canedo..... 4
«Antaño y ayer», ídem de Baccarisse..... 4
GUIDO DA VERONA:
«El libro de mi sueño errante», novela..... 5

En todas las librerías y en
= CASA DEL LIBRO =
Pí y Margall, 7 (Gran Vía)



Gusotros, los pintores,
los que sus gusta remedar las flores
de las majas praeras;
los qu'intentáis formar con mil colores
la manta de las yanas irialeras,
las lomas de tendios tomillares,
las empinás laeras
que suben pa las nubes presumías,
repletas de carrascas y espartares;
l'antraña de las tierras labrantías
pardas y renegriás,
que se pierden rozando'l limpio cielo...
Los c'al pincel dejáis correr al güelo
de la imaginación libre de lazo,
venir, venir p'acá. Y en el ribazo
que marca las orillas del sendero,
tumbase de costao frent'al otero
qu'esgarra de los nubles los vellones;
mirar despacio pa su muda cresta;
bajar con la mirá por l'ancha cuesta
del cerro que s'acerea descansando
sobre'l manso terrón de la llanura...
Llenar güestros pulmones
de su savia jugosa, tibia y pura...
Seguir... seguir mirando...
Y cuando s'encontréis embebecios
por la ruda belleza campesina,
preparar los avíos;
colgar el blanco lienzo d'una encina...
y arrullaos por cantares de gañanes,
por voces y silbios de pastores,
por valientes rumores
de músicas d'afanes
y latios de perros ladraores,
podréis copiar la rústica grandeza
de la sufría tierra castellana.
La que tién su majeza
junto con la firmeza
del recio florecer de la besana,
la brava gentileza
d'un alma de peñasco, noble y sana.

Y gusotros, poetas y troveros,
los que gastáis las horas y los días
tejiendo güestros sueños en cantares;
gusotros, los voceros
de los grandes amores,
los que sabéis las coplas más sentías,
Gusotros, los humanos ruseñores...
los que tenéis por sino
tapar las hoscas zarzas del camino
y en su lugar ponéis ramos de flores,
venís'al escampio
previstos de lápiz y papeles,
y sobre'l blando suelo florecio
por las galas de mayo,
rodeaos del zumbio
de las abejas que fabrican mieles;
de risas frescas d'ágiles pastoras,
más gallardas c'un tallo
de la verde mimbrera;
del coro retozón d'escardaoras
d'ojos de mora y labios de claveles,
que cantan la naciente primavera;
d'alientos que rezuman los apriscos;
d'husmos fuertes del raso y la'spesura;
d'orgullos retaores de los riscos
que muestran su desnuda'sgarraura
con pujanza de macho vigoroso,
bajo este cielo hermoso,
podréis cantar la cruda maravilla
que forma la gavilla
d'encantos que se cuajan descubiertos
com'una inmensa flor, al beso abierto,
del sol de claras lumbres de Castilla.

Y toos juntos: los pintores, los poetas y troveros.
Los qu'entienden la ternura de los campos más severos
y se pasman ante'el cuadro de los árboles en flor.
Los que gustan del lenguaje de los rústicos zagales
que pasean como reyes por los bellos floritales,
recortando las querencias del rebaño balaor.
Los eternos amaores de la recia pastoria,
de los ruidos y clamores cuando empieza l'agonía
de los campos que despiden el retorno del gañán.
De los duros campesinos que'entregándose a la brega,
surco arriba y surco abajo, retorciós en la siega,
van cambiándole a la tierra los sudores por el pan.

Los que miran embebios las dormías barbecheras,
que sus lomos que s'estiran a lo largo las longueras,
paicen venas donde'l jugo de la sangre no corrió.
Los amantes de lo majo, los amantes de lo bello,
los que'n peñas y carrascas miran siempr'algun destello
de virtudes y majencias que la gente nunca vió.

Tuitos, tuitos los que sienten; tuitos, tuitos los que sueñan
y en lilallas mu sentías sus figuras nos enseñan,
arrimase pa estos campos de trabajo y'honradez.
Que los campos silenciosos de Castilla, la sufría,
tienen aires soberanos de suprema gallardía,
revestios d'arrogancias d'enfinita sencillez.

Acercase pa ese chozo, que sus fieles guardaores
sus saldrán a los encuentros, avisando a los pastores
c'han diciles a silbios si sus dejan de pasar;
y a los gritos del rochano que repitan las barrancas,
los veréis parase'n seco, chasqueando las carlanças,
como muestra de los bríos con que saben pelear.
Acercase pa ese chozo, sin temor a su fiera,za,
qu'aunque parten dun mordisco d'un guijarro la dureza,
son mastines de Castilla, qu'es hidalga y es cortés.
Y'al hablaes con cariño, perderán la valentía,
y ojerizos pa las breñas de la mansa lejanía
como tiernos recentales se'charán a güestros pies.

Y si henchíos d'ilusiones vais buscando sin hartura
las destintas emociones recernías de ternura
de los casos en finitos que demuestran el amor,
en la oveja qu'está'hijando y estira za del chaparro,
y en el viejo que la mira mientras lía su cigarro,
veréis fijos los amores de la oveja y del pastor.

Afijaros en el mozo que s'escuela'n la laera
y le sale a los encuentros a la novia que la'spera
junt'algolpe más vestío del greñudo chaparral;
y en su risa deciora d'ilusiones encendías,
y en su charla, qu'és rocío de rudezas atrevías,
copiaréis recios amores de la moza y el zagal.

Y en los rubios gavillares y en las parvas de las eras,
y en los ruidos que pregonan las cencerras ovejeras
cuando güelven los rebaños azagando pa'l redil,
y en los duros campesinos que trabajan a porfía
con los brazos descubiertos por encima la sangría,
tendréis cuadros a millares de majeza varonil.

Vestir esto con la calma de las horas de la trilla,
qu'esas gentes y esas tierras y esas yuntas son ¡Castilla!
la que cría y la que junta las espigas en un haz.
La qu'és dura como'l roble; la qu'és llana como'l cielo;
la qu'acoge la semilla con la fiebre d'hembra'n celo...
¡Y s'adorna con las galas d'una reina montaraz!

Julián SANCHEZ-PRieto

(El labrador-poeta.)

(Del poema Castilla parda.)

Los ojos fijos

Los primeros pasos

A la derecha del piano, Manuel López, Paganini, con la barba clavada y pegada por el barniz y el sudor a la culata de su violín, contraía el rostro dolorosamente y lanzaba angustiosas miradas al cielo raso, mientras su diestra, crispada sobre el arco, ascendía y descendía, buscando las notas, extrayéndolas, arrancándolas como tiras vivas de su divino pellejo.

Juanita Perales, tan bonita, tan redondeada y sonriente, le acompañaba al piano con más arte y acierto del que él había menester.

Lo que pudiéramos llamar el público, estaba compuesto por tres o cuatro señoras respetables, sus correspondientes retoños y un grupo escaso de jóvenes aficionados a la música, que evocaban sus tiempos de tertulia en los cafés cortesanos y que habían despertado con sus charlas el alma lírica de Paganini.

Se aburrían las lindas damitas. El tedio asomaba su turbia sombra en los ojos de algunas, y dábanse las más a mirarse y sonreír, haciendo guiños y cucamonas. Con la resignación propia de las madres que tienen hijas casaderas, soportaban las buenas señoras aquella música de iglesia.

Paganini se daba perfecta cuenta de que no era comprendido, y con desmayado ademán dejó caer la diestra a lo largo de su enflaquecida humanidad. Despegó con trabajo su barbilla de la sonora caja del violín, que vibró sordamente, y, girando sobre los talones

para dar cara al auditorio, se inclinó sonriendo con amargura.

Se le aplaudió mucho, y todos se pusieron en pie, temiendo que el concierto continuara. Los jóvenes aficionados celebraron las aptitudes del violinista y lanzaron frases injuriosas contra su violín.

Paganini sonreía modesto y miraba con odio a aquel instrumento que no dejaba brillar como merecían sus dotes de virtuoso.

Antón González se encaró con él.

—Paganini, ya sabes que el arte es inútil.

Paganini sonrió, perdonando.

—Pero si además tiene como modo de expresión ese violín enconado, ese violín de vinagre, es odioso, perjudicial e insufrible.

—Tendremos que abrir una suscripción para comprarle uno.

—Señores, yo... soy pobre...

—A ver, ¡que venga don Mariano!

Todos buscaron con la vista al aludido. Don Mariano estaba agazapado en un rincón, con los ojos fijos en Carmencita Martínez.

El saloncito donde el concierto se celebraba tenía dos balcones abiertos a la calle. Enfrente se abrían dos puertas que comunicaban con la escalera, una, y la otra con una habitación espaciosa, en la que había un musiquero, una consola, una mesa pequeña y unas sillas antiguas. Los dos testers restantes del saloncito se adornaban, uno, con el piano, y otro, con un gran espejo.

Junto a uno de los balcones, mirando distraída la noche de julio, clara y llena de infinitas estrellas, Carmencita Martínez mos-

traba su belleza rubia, delicada y sensual, que culminaba en los ojos rasgados y de un profundo azul marino, y en la boca, carnosa, un poco grande, de encendido color. Bajo su traje, una sencilla túnica de color crema, se acusaban las cupulillas perfectas de los senos y la graciosa línea del muslo. Las puras manos jugaban con el abanico o acudían lentas a sujetar un rizo, o a ahuecar un bucle de su cabellera color de trigo maduro.

Desde la habitación en que se hallaban el musiquero, la mesa y la consola, Mariano Gavilanes la devoraba con los ojos; la adoraba, mejor. Porque el joven y prestigioso médico, de una timidez invencible, no se sentía con valor suficiente para sostener una amorosa charla.

Estaba preso en aquel encanto de Carmencita Martínez. Su corazón lleno de amor y su carne llena de deseo le amarraban en aquella atención constante, en aquella fijeza hipnótica, que ella, divinamente coqueta en su indiferente actitud, debía sentir sobre la piel, a través de las finas telas, como algo material.

—Pero por qué no le habla—le habían dicho más de una vez.

Se le estremecía todo el cuerpo con un escalofrío de miedo, y mientras parecía abrigarse con sus largos brazos, sonreía con los ojos iluminados.

—No puedo, no puedo.

—Es absurdo.

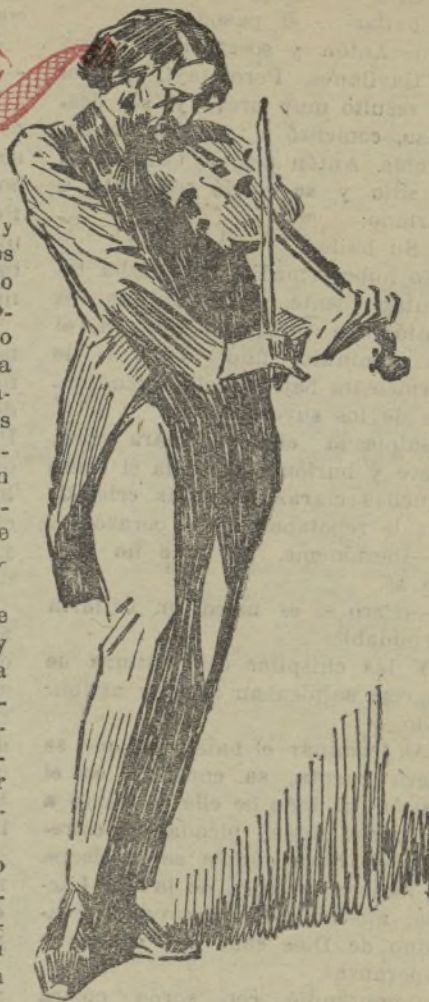
—Sí lo es; si yo me doy cuenta. Me gusta furiosamente; la quiero, la deseo, todo. ¡Y no me atrevo! Me estremezco sólo de pensarlo. Se me pega la lengua al paladar.

Los amigos se encogían de hombros, y él, desde lejos, siempre desde muy lejos, se hundía en aquel gozo doloroso de contemplarla, de adorarla, de dejar desnudo con la imaginación aquel cuerpo divino y perfecto como el de una estatua sagrada.

Ahora, mientras aleteaban los abanicos y el agrio violín de Paganini tatuaba la Séptima sinfonía de Beethoven, él dejaba que su alma tímida volase hasta ella, sin atreverse a posarse del todo como una mariposa asustada. Vivía fantásticamente una vida imaginativa, en que mientras los cuerpos se abrasaban en las más hondas caricias, los espíritus, fundidos, abrazados, se elevaban al ideal.

Ardía en los ojos fijos de Mariano todo el amor acumulado, aquel inmenso tesoro de ternezas nunca dichas, aquella pasión hecha en silencio, atormentada y angustiosa, que consumía su corazón.

Carmencita recibía todo el vaho ardoroso de aquella llama, todo el humilde homenaje de aquel espíritu, de aquel amor sin palabras que la seguía como una sombra,



que se postraba a sus pies con la veneración silenciosa, sólo vista en los ojos, como un perro leal. Sensaciones contrarias la poseían. Se sentía satisfecha y despechada, humillada y orgullosa. Aquel hombre que lo daba todo, en realidad no daba nada. Y no sabía si desdenar o excitar en una última esperanza de vencer aquella timidez desesperante.

Había acabado el concierto, y las damitas, libres de aquella pesadumbre, pidieron un fox. Entusiastamente fué acogida la idea, y sin más transición que el doloroso estupor de Paganini, se pasó, del allegretto de la Séptima, al fox de «La montería».

Cuando el violinista apretó su mandíbula contra el instrumento, lloraba interiormente. Luego la música le poseyó, y su rostro, enjuto y narigudo, expresó el mismo éxtasis, tuvo las mismas contracciones de unos minutos antes.

—Es que no hay nadie en el mundo que sienta como yo — se dijo.

Las parejas, enlazadas, ondulantes, invertebradas, se dejaron arrastrar por la musiquilla voluptuosa y juguetona.

Traxudó Mariano Gavilanes, cuando vió que el baile se formaba. Los pasodobles—sobre todo los pasodobles—era como una trampa, como una celada que hacían y en la que no tenía más remedio que caer.

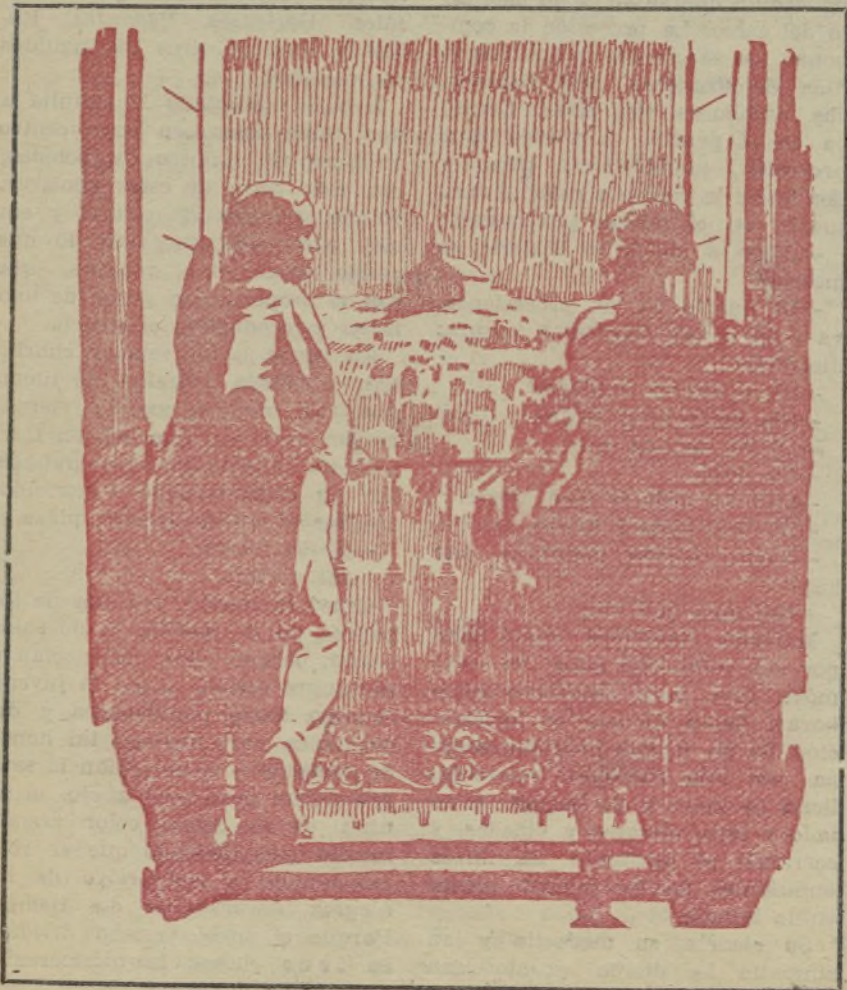
Bien pronto pudo observar que si todas las mocitas bailaban allí frente a él, Carmencita permanecía sentada en espera de pareja. Se angustió. Buscó con la mirada a Antón González y encontró que le observaba y sonreía.

—Ande usted. Por favor, saque a Carmencita.

—De ningún modo. Vaya usted.

—¡Pero si no sé!...

—No importa; ya es hora de que aprenda.



—Está en ridículo. Vaya usted. No bailaré... el pasodoble.

Fué Antón y sosegóse el bueno de Gavilanes. Pero, ¡ay!, que el *for* resultó muy breve y, sin descansar, comenzó a taconear un pasodoble. Antón dejó a Carmen en su sitio y se volvió sonriente a Mariano:

—Su baile.

No hubo remedio. Tropezaba lamentablemente, y más de una vez sintió, con profunda congoja, el pie diminuto, fino, delicado de Carmencita bajo aquella pesadumbre de los suyos.

Salpicaba ella su clara risa, breve y burlona, y sentía él cómo aquellas claras burbujas cristalinicas le rebotaban en el corazón.

—Perdóneme. Es que no sé... No sé.

—¡Pero si es usted un bailarín formidable!

Y las chispitas diamantinas de su risa salpicaban al muy atribulado.

Al terminar el baile, sin que se diera cuenta, se encontró en el balcón, al lado de ella y frente a la noche tibia, picada de estrellas, en cuya cúpula se precisaba la humareda lírica de la Via Láctea, misterioso y maravilloso camino de Dios sabe qué sueños y esperanzas.

Comprendió con sorda cólera que todos le protegían; que le habían dejado junto a ella deliberadamente, y sintió en la espalda la mirada curiosa y burlona de los que esperaban.

—Qué noche, ¿eh?

La rápida mirada de Carmencita le llenó de turbación. «Estúpido, completamente estúpido. Vaya una pregunta y un recurso oratorio.» Tragó saliva y se estrujó el cerebro buscando una frase. Nada. Y tuvo que sufrir que fuese ella la que rompiera el silencio.

Desde el balcón se veía la cúpula del carro, a cuyo pie se adormecía el pueblo. Había en lo más alto una ermita, y en lo elevado de ella una potente luz. Era como un faro, como la anunciación al caminante de que el término de su camino se acercaba.

Languidecía el diálogo, y Mariano Gavilanes, que contemplaba la luz obsesamente, dijo para reanudar la charla:

—Esa luz se ve desde muy lejos.

—¿De veras?

Tan irónico fué el tono de la respuesta que el desconcertado doctor quedó como de piedra. Carmencita, sonriente, se apartó del balcón.

A poco quedó disuelta la tertulia, y divididos en grupos se fueron separando los concurrentes.

El cercano reloj de la plaza cantó, como con ceño, las dos de la madrugada.

—¡Jesús, las dos!

—Es muy tarde, ¿verdad, Gavilanes?—dijo Carmen.

Gavilanes no contestó.

Ella y él

Carmencita Martínez era hija única. Ni don Rosendo Martínez, ni doña Rosa Palado sentían esta escasez de fruto en el frondoso árbol de su matrimonio.

—Así será todo para ella—decía el padre.

—Y se casará con quien quiera—afirmaba la madre.

Don Rosendo se aplicaba al complicado arte de la filatelia, y su respetable señora se sumergía en las labores propias de su sexo. Porque don Rosendo era coleccionista de sellos, propietario, accionista de la Luz Eléctrica Yecorana y jugador de tresillo.

No necesitaba Carmencita de tantos atractivos como el haber nacido hija de doña Rosa y de don Rosendo le proporcionaban. Por sí sola, sin más bagaje que el que su propia e intransferible belleza le proporcionaba, era suficiente para colmar las esperanzas y aspiraciones del más exigente y descontentadizo.

Alta, flexible, armoniosa, con aquellos ojos que parecían negros de tan azules, o azules de tan negros; con la piel tan fina y sonrosada que hacía dudar si sería de porcelana; con la boca tan encendida y aquella cabellera de un rubio ardiente de trigo maduro, la hija del filatélico era tan deseada y apetecida por sí misma como por las muchas esperanzas que la fortuna de don Rosendo permitía hacerse.

A estos encantos propios y acumulados añadía Carmencita Martínez su fino espíritu, su cultura y una deliciosa coquetería.

Solicitada con verdadero ahinco por todos los mozalbetes de algún viso, supo, no se sabe si por venidad o porque sus sueños fuesen por muy distintos caminos, permanecer firme ante el piropo, la adulación y aun el amor tímido y balbuciente de algún estudiante del preparatorio de Derecho.

En cambio, ahora, ante los ojos fijos de don Mariano, sentía estremecimientos y desvelos, desasosiegos y ensimismamientos nunca sentidos.

Sentía todo esto y, por añadidura, despechos, cóleras, repentinos aborrecimientos y súbitas ternuras que le llenaban los ojos de lágrimas.

Prescindiendo de todos los accidentes, veía a Gavilanes tan encogido y desamparado frente a ella, que el amor naciente se le trocaba en cariño fraterno, en limpio amor maternal, con esa divina propensión que hay en todas las mujeres para transformar sus impulsos y cariños en algo puro instintivamente de madres.

Así, contradictoriamente le atraía con una sonrisa, con una insinuación; le rechazaba con una burla, le daba consuelo con una palabra buena.

Pero en este tejer y destejer, sin que ella se diese perfecta cuenta, todo el corazón se le iba llenando con la imagen de aquel hombre, con el recuerdo y el amor silencioso, pero constante, de Mariano Gavilanes.

El enamorado, caminando siempre de sorpresa en sorpresa, hallábase perdido en aquel laberinto, del que no se sentía con fuerzas para salir. Es una coqueta, una despiadada y fría coqueta que juega conmigo—pensaba—. Pero al instante, recordando una sonrisa, rectificaba. No, no es co-

queta. Me quiere, me quiere; pero como yo soy tan tímido...

Se llenaba de proyectos, se creía decidido a todo, hasta se lanzaba en su busca. Todo su valor se esfumaba a su presencia, y ella, que observaba su repentino cambio de actitud, le atraía o lo rechazaba, sin que pudiera ella misma explicarse el por qué de una u otra preferencia.

También ella pensaba: «Si me confío a su decisión, estoy perdida.»

*

Cuando don Mariano Gavilanes vió desde un alto de la carretera aquella mancha sucia del pueblo, que se confundía con el cerrete que le servía de amparo, sintió un vivo deseo de volverse.

—¿Aquello es el pueblo?

No se veían mas que una docena de fachadas blancas y un vivo destello de luz sobre la cúpula enorme de una iglesia. Todo lo demás era sucio, pardo, nada atrayente, por cierto.

—No debe ser muy alegre.

—¿Por qué?

—Por el color.

—Pero hay un vino muy bueno. La absurda consecuencia entristeció aún más el ánimo de Gavilanes.

Un pueblo grande, pardo y sucio, a lo que se ve, no puede ser alegre—pensaba—. Luego esa iglesia tan grande hace pensar en un fanatismo mayor. Y el vino, bueno... Serán borrachos, tercios, tristes; borrachos llorones, que al día siguiente irán a confesar su falta. Decididamente, nada halagüeña la perspectiva de vivir ahí.

Interrogó al compañero de viaje.

—¿Tiene fiestas típicas?

—Ya lo creo: las de la Virgen.

—¿Pero alegres?

—Alegres, alegres, no. Se baja la Patrona, que se venera en aquella ermita que se ve en lo más alto del cerro. La procesión la componen los sacerdotes y dos largas filas de tiradores, que disparan sus arcabuces sin cesar. Luego, ya en el pueblo, se celebra otra procesión, también con tiros, y por fin se la vuelve a subir al santuario con el mismo programa.

—¿Pero el pueblo se divierte, se mezcla?

—El pueblo ve las procesiones, va a las misas, escucha a los predicadores...

—¿Pero eso no es alegre!

—No, no es muy alegre.

—¿Y ya no hay más?

—La feria.

—¡Ah! La feria sí será alegre.

—Sí. Hay toros y teatro.

—Pero fiestas populares, ¿no hay?

—No; creo que no.

Mariano Gavilanes sintió pena por sus veintiocho años. El automóvil que, para ahorrarse unas horas, había tomado en la estación de un pueblo próximo, rodaba por una carretera reforzada, llena de polvo y de baches. A un lado y otro, olivares y viñedos, y cerrando el horizonte las líneas ondulantes de los montes azules en la lejanía.

Su ciencia, su modestia y su simpatía le dieron pronto una

gran reputación. Fué el médico de moda, el pollo de moda, el más esperado y solicitado entre todos. Pero el pueblo...

Ganaba más de lo que imaginaba, y su madre y sus hermanos le instaban a seguir en aquel pueblo frío y triste, murmurador a hipócrita, pero que también servía a sus planes.

Conoció a todas las señoritas del pueblo, lindas y amables, que desesperaban de casarse porque en el pueblo había pocos hombres disponibles, y los pocos que había no presentaban un porvenir aceptable. El fué el tema de todas las conversaciones; para él fueron todas las sonrisas y atenciones.

—Parece—le decían—que la señorita es usted, y ellas son los muchachos. Le hacen el amor, amigo Gavilanes.

Protestaba él, entre satisfecho y herido, de aquellas afirmaciones. Harto observaba él el interés que despertaba en el bello sexo. Su timidez natural, su falta de costumbre—¡si él no había hecho mas que estudiar, señor!—le impedían aprovechar las buenas circunstancias. Hasta que tropezó con Carmencita Martínez y se dió cuenta de que estaba profundamente enamorado.

Al principio quiso huir de aquel amor, distraerse, olvidar. Luego vió que era imposible y se encastilló en aquella contemplación, en aquel éxtasis que provocaba las contradictorias actitudes de la muchacha.

—Tengo un mal querer—decía sonriendo.

Y no sabía hasta qué punto eran proféticas sus palabras.

Llega el otro

Pasaron muchos días. Atareado don Mariano en asuntos profesionales, sólo de noche acudía a la tertulia que formaban Antón González, Hortensio, Paganini, Rafaelito Grea y otros distinguidos desocupados.

Habían trasladado la tertulia a una vasta plaza, en cuyo centro alzabase un quiosco de bebidas, con más traza de estar construido con papeles de colores y sin más pretensión que vivir lo que puede durar una verbena, que con el propósito de gozar de una larga y productiva existencia.

En torno a un velador charlaban y bebían refresco de limón nuestros amigos, cuando vieron, no sin sorpresa, que llegaba Carmencita Martínez, acompañada por un elegante pollo desconocido.

—Ese es nuevo en esta plaza.

—¿Quién será?

—¿El novio?

Cruzó la pareja, seguida de los padres de la mocita, y no saludaron, porque ellos pertenecían a la sangre crema, y era la juvenil reunión harto populachera y democrática para merecer tal honor de gentes que, si no tenían la sangre de un puro azul añejo, la tenían de un suave color crema, mucho más delicado que el rojo escandaloso y subversivo de los alegres devoradores de tiempo. Porque el pueblo estaba dividido en tres clases: la aristocracia,

compuesta de dos o tres familias emparentadas entre sí, y que sólo transigían con aquello de sus semejantes que, sin ser de su sangre, eran profundamente religiosos. La sangre crema, compuesta por otras pocas familias sin ningún abolengo, pero que anhelaban distinguirse y adulaban a los aristócratas, sintiéndose inferiores, y que pretendían que se les tuviese a ellos en igual consideración y estima. Tanto la aristocracia como el pueblo de sangre roja—que era la otra y última clase—se reían, sin recato, de aquella extraña manía crema que colocaba a sus atacados en una situación ridícula. Aun había admiradores y aduladores de esta pintoresca fauna; pero eran tan pocos y llevaban tanta risa sobre sus espaldas, que no vale la pena de sacarlos a la pública hilaridad.

Cruzaron las dos parejas sin saludar, y quedó la tertulia llena de dudas y comentarios. En lo más animado de ellos andaban cuando llegó don Mariano, que saludó a todos, con la vista fija en Carmencita y su acompañante.

—¿Usted sabe quién es?

—No.

—Pues hay que averiguarlo.

Se hicieron conjeturas y cálculos, pero con tan poca base que no pudieron dar con el hilo que los llevase al ovillo.

—Hace una noche estupenda.

—¿Quieren ustedes—dijo Paganini—que demos serenata a nuestras amigas?

—¡Hombre, bien! Ya se va perdiendo esa romántica costumbre.

Esperaron a que fuese pasada la media noche, y, seguidos por Pestiño, encargado de llevar unas botellas con que inyectarse romanticismo, dieron comienzo al alegre paseo al compás de dos guitarras, un laúd y el endiablado violín de Paganini, que en la noche, y bajo la mirada atónita de las estrellas, adquiría una bondad inesperada.

¿Había necesidad de decir que bajo el balcón de Carmencita se tocó y hasta se cantó, en voz muy baja, *Mi noche triste*?

Ya de retirada, al amparo del quiosco, se unió a ellos Pepe Verdine.

—¿Sabéis? Ha llegado un primo de Carmen Martínez. Creo que la pretende. Es abogado o maestro de escuela. No estoy seguro.

Gavilanes sintió que se le paraba el corazón. Todos la miraron; pero él hurtó los ojos, haciendo que bebía y saboreaba una cerveza.

—Está superior.

—¿Quién?

Azorado, no supo qué responder.

Lejana, lejana...

La aparición de Luis Arteaga al lado de su prima, Carmencita Martínez, fué un semillero de comentarios. El pueblo se lanzó sobre la noticia del noviazgo, como si de este mínimo y natural suceso dependiera la vida de todos los yecoranos. Y no es que despertara mayor curiosidad por tratarse de Carmencita y su primo, no; un suceso cualquiera atraía la aten-

ción de todo el pueblo con verdadera ansiedad.

—Es que como no pasa nunca nada. ¿Sabe usted?

Gavilanes aborreció entonces a todos sus convecinos, porque todos le sonreían con malicia y le preguntaban con una fingida inocencia y una aviesa intención:

—¿Los ha visto usted?

Sí; los había visto; podría asegurar que no veía otra cosa. Sobre todo, a ella, tan fina y ondulante, tan graciosa, tan armoniosa y rubia, que parecía llevar un nido de sol en la cabeza. La veía de un modo extraño, como en sueños, aunque tenía los ojos bien abiertos. Era como si se alejara, como si se fuese yendo siempre por un extraño camino; un camino sin fin, siempre visible, que añadía a la angustia de la separación el dolor de estarse despidiendo siempre. Por ella—¿coqueta, burlona?—volvía a veces la cabeza para mirarle y sonreírle.



Durante el mes que duró la estancia de Luis Arteaga en el pueblo, vivió Gavilanes en el más doloroso y silencioso de los suplicios. Para distraerle, sudaba y contraía su cara el bueno de Paganini en enconadas luchas con su violín; teorizaba absurdamente Antón González; cantaba flamenco, muy por lo bajo, Hortensio, y gastaba ríos de gasolina Rafaelito, oprimiendo el acelerador de su flamante Alfa Romeo.

Esforzabase don Mariano en aparecer complacido; pero en lo más hondo de su corazón había un gusano que roía, roía...

Allá, en la distancia del raro camino, veía siempre a Carmencita lejana, lejana...

La noticia

Pepe Verdines, que era el que sabía todo lo que pasaba en el pueblo y fuera de él, fué quien dió la noticia.

—¿Pero no sabéis? En Tarragona, donde estaba pasando una temporada, se ha quedado ciega Carmencita Martínez.

El asombro les dejó sin habla. Gavilanes, que maquinalmente se puso en pie, preguntó, lívido, trémulo:

—Pero ¿qué dice usted? ¿Ciega?

—Ciega. Una explosión de gas la deslumbró, la hirió de tal forma la vista, que primero un ojo y luego el otro...

—Pero...

—Sí, sí. He leído la carta de su padre. Una neuritis. ¿Se dice así?

Asintió Gavilanes, y como él callara, todos respetaron su silencio.

Los ojos fijos de Carmen

La casa de don Rosendo tenía geranios y rojos clavelones dobles. Cuando las cristaleras estaban abiertas salían por entre aquel macizo de flores, como una

sólo daba paso a sordas imprecaciones y ahogados sollozos.

Mudo está el piano, compañero de los buenos días de gozo, cuando aun era la casa como una gran jaula de pájaros; muda estaba la triste ave ciega, condenada al lazarillo y al paso lento, ella, que saltaba, que volaba sobre la fina punta de sus pies.

Encarcelada en un sillón, la adorable cabeza caída sobre el pecho, Carmen Martínez no acababa de salir de aquel estupor de su ceguera.

A veces pensaba que sólo era una enfermedad, algo relativamente largo, pero que indudablemente había de pasar. Sonreía a esta esperanza como un niño dormido, y su madre, que la veía sonreír, daba en llorar con más angustiada congoja.

—Cuando esto pase...

—Sí, cuando esto pase—alentaba la madre.

Y don Rosendo sabía de la habitación para que no lo oyera llorar.

—Para que no me oiga—se recalcaba—, para que no me oiga.

Gavilanes visitaba la casa con frecuencia. Había contemplado con agudo dolor aquellos ojos amados que parpadeaban en la sombra para verle, como si las pestañas fuesen a modo de manos que se tendían tanteando.

—Usted cree, Gavilanes...

—Sí, sí. Es cosa de tiempo.

Y se mordía los labios para que no se le fueran los sollozos.

Poco a poco fué sabiendo por doña Rosa que aquel novio, Luis Arteaga, había presentado sus excusas. No era posible casarse con una ciega.

—Tiene razón, don Mariano. Es muy triste, muy triste; pero tiene razón.

—Y ella, ¿qué dijo?

—No lo sabe. Cree que está en Madrid.

Y acercando la silla y pegando su boca al oído del médico, doña Rosa suspiró:

—Su padre le finge las cartas.

No pudo el médico dominar su emoción, y lloró junto con doña Rosa.

—Usted, usted...

—Sí, señora. Yo la quería.

Menudeó Gavilanes sus visitas. Poco a poco llegó a acostumbrarse y acabó por pasar una hora todos los días acompañando a la ciega, que oía su charla torpe y sus lecturas con verdadero regocijo.

—Se va usted soltando, don Mariano.

Gavilanes sentía siempre sobre él aquel dolor de los ojos fijos, de los ojos quietos que parecían mirarle mucho más adentro.

—Carmencita, ¿quiere usted que le lea unos versos?

—¿De usted?

—¡Oh, no! De un poeta.

—Entonces, no quiero. Hable. Me gusta oírle hablar, porque ya voy viendo su voz.

Se turbó el médico. Iba observando que la pobre enferma se la inclinaba, le entregaba su corazón sin darse cuenta; le quería porque le daba esperanza y porque era el único que llenaba sus sombras de tenues resplandores. Acaso recordaba su figura, sus ac-

titudes, y, al hablar él, al escucharle, ella iba uniendo sus recuerdos al acento, a la palabra, a la frase que pronunciaba. Sentía miedo don Mariano; no quería despertar aquel corazón que ya había renunciado a escribir al antiguo novio.

—No, no a mí — había dicho—. ¿Para qué? Dile que es imposible.

Pero al despedirse del ausente, del fingido ausente, parecía querer asirse al presente con una extraña y dolorosa coquetería.

La quería, la quería; pero se sentía cobarde ante la idea de un matrimonio absurdo.

—Soy malo, malo...; pero no es posible, ya no es posible—se decía.

Al principio, aquellos ojos fijos le fascinaban, le atraían, como si en ellos estuviera la voluntad de traspasarle. Le parecían estrellas lejanas, lagos dormidos, espejos puros que copiaban su imagen con amor. Luego, le parecieron centinelas; luego, jueces que le acusaban de cobarde; luego, un castigo, un terrible castigo, aquellos ojos quietos que no veían, que no sonreían cuando la boca, tan fresca, tan pura, se distendía con amor.

Tuvo la obsesión de ellos y los vió en sus noches y los sintió sobre su alma; porque aquellos ojos que no lo veían a él debían ver todos los estremecimientos, todas las palpitaciones y luchas de su espíritu.

—Hábleme, Gavilanes.

—No puedo, no puedo. Nunca he sabido hablar. Usted lo sabe.

Y temeroso de que sus últimas palabras trajesen recuerdos y provocasen, acaso, íntimas confesiones, se lanzó a hablar de cosas fieñas, de cosas disparatadas, de verdades que no podían interesar a nadie.

Ella, que estaba sonriendo, se fué quedando triste, y acabó doblando poco a poco la cabeza sobre su pecho.

Calló el médico y púsose a contemplarla con lástima. De los ojos quietos rodaron unas lágrimas silenciosas.

—Pero Carmen, Carmen...

Se fué a ella y la besó en los ojos con toda su alma. Luego huyó, temeroso, con el alma sangrando, con el corazón desbordado de lágrimas.

Carmen, con la cabeza erguida, sonreía con pena.

Se va el tren

Paganini le llevó su adhesión. —Cuando usted se va, por algo ha de ser. Pero ya sabe que este violinista..., que este pobre violinista...

La emoción no le dejó continuar. Don Mariano lo estrechó efusivamente entre los brazos.

Llegó el automóvil y en él se acomodaron Gavilanes, Hortensio, Antón y Rafaelito.

—Me duele el corazón como si se me partiera—decía el médico—. Pero no tengo más remedio que marcharme. De lo contrario, me casaría con Carmen, y no es posible.

—No, no es posible.

—Tengo que huir, así, huir, por-

que el amor se impone a todo razonamiento. ¿Me perdonará ella?

—¿Qué ha de hacer!

—Pobre, pobre de ella y pobre de mí, que llevaré, mientras viva, sobre mi espíritu, esos ojos abiertos, esos ojos fijos como una acusación.

Silbó el tren. Se abrazaron conmovidos.

—Siempre somos los mismos.

—Escriba, escriba.

—No los olvidaré

Vida adentro partió el tren con su tracaleo indiferente, mientras en un departamento, en una celda de sus entrañas, un hombre joven lloraba por un amor imposible como por un muerto querido, un muerto que ya siempre ha de dar sombra a nuestra vida.

F. MARTINEZ-CORBALAN

6 de agosto 23.

Oración de la Vida

Otórganos, Señor
del Buen Amor:

un vaso de áureo vino
en el camino

—no importa en cuál mesón, a la casualidad...—,
cuando nos encontremos fatigados;
y el suave amargor de la verdad
cuando un sueño divino
nos tenga, bajo el ala del Azul, cobijados,

Otórganos, Señor
del Buen Amor:

una rosa fragante
en el instante

doloroso y huraño de la claudicación
cuando se ahoga el alma de fastidio;
y una amable caricia al corazón
cuando anhele ir errante
a otro mundo, en la trágica góndola del Suicidio,

Otórganos, Señor
del Buen Amor:

una copla profana,
y muy lejana,

en medio del silencio y la quietud,
cuando llegue el insomnio en la noche adormida;
y el más bélico impulso de nuestra juventud,
cuando anuncie a rebato la campana
al épico momento de derrochar la vida!

Otórganos, Señor
del Buen Amor:

una mujer honesta
en nuestra fiesta

última del vivir, ebrios ya de emoción,
cuando ronde el Invierno la floresta
—llena de hojas de Otoño—de nuestro corazón;
en la hora postrera, tu perdón;
y después... una tumba
florida
y escondida
de un viejo camposanto en un rincón!

Juan G. OLMEDILLA

CAMAFEOS DE ORIENTE

Calle típica de Fessar

ARRANCA del mar, pina, ondulante, como un reptil apocalíptico, cuya cabezota simbólica —el zoco triangular de Ben-Saruk— bucease frenética en los enmarañados laberintos bucólicos del suntuoso morabo de Kad-el-Muni.

Antes, a lo largo de la rua vibrante y cosmopolita, ya se nota la extraña influencia del ambiente cálido y exótico. Un ambiente aturridor, con algo de inquietante estatismo, sin embargo. Las casas son blancas, arbitrariamente diseminadas en un orden desordenado, en un conjunto de plástica decorativa, anárquica y ancestral, como arrancadas de un

audaz y prodigioso lienzo cubista.

Un enjambre de mercaderes deambula por sus aceras mezquinas, se arremolina bajo los pórticos de sus mezquitas herméticas, profana la aparatosa gravedad de los atrios palaciegos, amplios y majestuosos.

Hay en medio de esta calle, frente a la fastuosa residencia del poeta Akanna Kory, una fuente suspendida del laberinto sutil de sus surtidores, lírica cabellera de diamantes, que ondula al viento con quejumbrosos serpenteos de guzla embrujada. Algo de lo íntimo, de lo inviolable del harén, en plena calle, entre la polieromía de

los arabescos y bajo la sensual caricia del sol pleno y magnífico.

Los mercaderes aposentáronse también en casi todos los portales de la rua. Han llevado allí sus tapices de filigrana, regios y suntuosos; sus preciosas sedas, livianas y frufuantes; sus amuletos jeroglíficos, sus rútilas pedrerías, sus floripondios quiméricos, sus originales y sencillos instrumentos musicales, de un encantador primitivismo, y han estampado sobre los zócalos la gracia ingenua y barroca de los retablos antiguos.

Por aquí pas: todos los días Sahada, la sugestiva danzarina etiope, la maravilla negra, la nómada serpiente viva, que sabe enloquecer a los creyentes apasionados con sus voluptuosidades y sus gestos y sus miradas y su voz. Sahada es como una espiral de fuego, como una tentación de lujuria, como una estrofa de amor bárbaro y sublime, triunfadora en la semidesnudez de sus pesados abalorios de icono delirante.

Sahada sonríe mientras danza en un deslumbramiento de sus dientes, buídos e impolutos, de fina alimaña carnícera, al ofrecer, impúdica, las tremantes rosas negras de sus senos paradójicamente intactos...

Luego van pasando los saltimbanquis indígenas, los de las graciosas y absurdas pirámides humanas, los flexibles titiriteros de la emoción. El encantador de serpientes, taumatúrgico y solemne, hierático y embaucador, como un viejo diablo de la cábala, entre sus reptiles somnolientos, sus agujas homicidas y sus estopas incandescentes. Los juglares del Al-koram misterioso y sapiente. Los graves recitadores de parábolas ancestrales, nimbados de nobles prestigios, de bíblicas sugerencias quiméricas y lejanas. Los sagaces cuentistas de persuasiva erudición, de verborrea férvida y admirable.

Y la calle se va poblando de notas, de ritmos, de vibraciones, de colores, de locura, de vida, de luz.

Las palomas han hecho aquí sus nidos en las cimeras de las palmas augustas y legendarias, que, como novias enamoradas del sol, se asoman, gentiles, por sobre las azóreas blancas, tras de los altos tapias herméticos, guardadores de todas las divinas bellezas inviolables. Son palomas familiarizadas ya con el transeunte pacífico, que muchas veces las soporta sobre sus hombros como un símbolo de anunciación. Palomitas blancas de Fessar, que algunas veces besan también esas rosas un poco exangües, que son las bocas de las favoritas, condenadas, por el único delito de ser bellas, a reclusión perpetua en los mentidos paraísos de los claustrales patios islámicos.

¡Calle típica de Fessar. Derroche de sol, misterio inextricable, azul de maravilla, cantiga de guzla, perfume de harén, lírica juglaría de fuentes prodigiosas, insólito desbordamiento, profano y aturridor, de cosmopolitismo gárrulo y pintoresco.

Cuando todo te faltase, cuando

no vibrase en tu ambiente la emoción de lo maravilloso, te quedaría tu Sahada, tendrías el prestigioso encanto de ser la elegida, la única por donde ella pasa un día y otro día. Tú sola podrías enorgullecerte de ser el glorioso pedestal donde se digna posar sus divinos y gráciles pies, cuando en el frenesí de una danza sublime, lujuriente y loca, sabe ofrecer como nadie, transfigurada e impúdica, las tremantes rosas negras de sus senos paradójicamente intactos...

Juan Bautista SASTRE

Libros recibidos

Perspectivas asturianas.—Lujosamente encuadernado, se ha puesto a la venta un libro que lleva este título, y del cual es autor el distinguido publicista D. Armando de las Alas Pumariño. Se trata de una obra interesantísima, en la que se refleja el arte, la historia y el progreso mecánico en la bella región asturiana. A cuantos les interese aquel trozo de España, hallarán en las páginas del libro del notable escritor numerosos datos y fotografías.

x

La millonaria.—El Sr. Ramos Almodóvar ha publicado una novela que lleva este título. No es dicho señor un literato de producción copiosa. La obra a que nos referimos, según parece, es la primera que ha producido su pluma. Así como Pereda nos ha hablado de los apacibles pueblos de Cantabria; como Blasco Ibáñez ha trasladado el ambiente valenciano a algunas de sus novelas, y Azorín ha descrito escenas de la vida en los pueblos castellanos, el Sr. Ramos Almodóvar—salvando las distancias—reproduce en *La millonaria* el medio extremeño.

El personaje central de la obra es una mujer llena de riquezas, que llega a la aldea humilde. Las envidias, los odios, todas las pasiones bajas, en fin, de las clases bajas y elevadas palpitan a través de las páginas de este libro.

Su autor, con frecuencia, incurre en el defecto de la ampulosidad; pero en él se advierten grandes posibilidades para este género de literatura.

x

Manuel Álvarez Puente ha publicado, con el título de *Melancolías*, la segunda parte del tríptico *El naviero Mas o la novela de la materia*, obra de alta significación literaria, llamada a obtener el mismo éxito conseguido por el primer volumen, *Los signos*.

El naviero Mas es una narración excelente, que ya mereció favorable acogida de la crítica al publicarse la primera parte. En la segunda, *Melancolías*, aumenta el interés novelesco y se acentúan los primores descriptivos. El estilo moderno, sin que por ello sea enrevesado y pretencioso, sino fluido y llano, avalora esta nueva producción del notable autor de *Almas perdidas*.

El naviero Mas se completará en breve con la tercera parte, titulada *Lo irreprochable*.

Melancolías está bellamente

ilustrada por el original dibujante Suárez Conto.

x

El hechizo de una criolla, novela de Rafael Roldán Martínez, constituye otra de las últimas novedades literarias. Trátase de un libro en que no se sabe qué admirar más, si el interés de la fábula o la exaltación de la Naturaleza, noblemente expresada en todas sus páginas.

El panorama granadino, que sirve de escenario a la acción, da pretexto a Roldán Martínez para manifestar sus notables cualidades de escritor galano y culto. El bello paisaje, lleno de evocaciones históricas, recobra en el proceso sentimental de *El hechizo de una criolla* toda la fuerza gráfica y colorista de un cuadro vivo, compuesto con excelente gusto y rara maestría.

Aunque sólo fuera por el mérito de sus magníficas descripciones, *El hechizo de una criolla* merecería desde luego la aceptación efusiva que los lectores dispensarán a esta novela.

x

Gaviota y otros ensayos, por E. Legarra Salcedo.—El autor de este libro primoroso advierte, en un bien escrito prólogo, que su obra tiende más a producir belleza que a expresar verosimilitud. Y ha conseguido enteramente lo que se propuso, que es cuanto se puede pedir a un autor.

En los varios cuentos, o ensayos de cuentos que contiene el volumen, el culto a la belleza, así en la forma como en el fondo, se muestra a cada paso de manera espontánea y graciosa, sin artificios ni retorcimientos de palabras o giros. Se trata, pues, de un buen libro que merece ser leído y admirado por cuantos buscan en la literatura delectación espiritual y desdén, con grande acierto, lo que no contiene sino excitaciones sensuales de la más baja estofa.

x

La Real Academia de Jurisprudencia y Legislación ha enriquecido su colección de publicaciones con el volumen LXIX, dedicado a «El problema financiero de España».

Es obra de D. José Antonio Ubierena y Eusa, académico-profesor y revisor de la Corporación, quien ha reunido en el citado tomo varios trabajos financieros, a los que sirve de motivo principal la conferencia dada en dicha Academia, en el mes último, acerca del tema que sirve de título a este libro.

El ilustre autor divide la obra en los siguientes capítulos:

Situación de la Hacienda española. — Antecedentes históricos. — Causas del estado actual de nuestra Hacienda. — Remedios para solucionar el problema (reducción de gastos): Deuda pública, Clases pasivas, personal y gastos locales. Intensificación de los rendimientos: Simplificación del régimen tributario, reforma del impuesto de cédulas personales, reforma de la contribución territorial, reforma de la contribución sobre utilidades de la riqueza mobiliaria y reforma de la contribución industrial; medidas complementarias; política de economías que impera en la legislación extranjera.

DIVAGACIONES SIN TRASCENDENCIA

LOS BOLSILLOS

INDUDABLEMENTE, la más importante invención que separa al hombre primitivo del hombre civilizado fué la del bolsillo, que no sé cuándo ni cómo se verificó, ni a quién se debe.

Al principio, según dicen, el hombre iba desnudo de todo abrigo; éste es el hombre salvaje. Después comienza a vestirse, sin prisa, a través de los siglos. Primero es la piel de una fiera muerta en cacería; luego, un tejido rudimentario; más tarde, el plumaje vistoso de un pájaro... Así, mientras el vestido se convierte en una imprescindible necesidad y la coquetería va cambiando formas, haciendo pliegues, recortando vuelos, reformando, en fin, esta necesidad hasta llenarla, cada vez más, de terribles dificultades.

Tantos cuidados llega a necesitar la confección de una prenda, que nace el sastre para desgracia de la humanidad, puesto que el hombre no puede perder su tiempo en estos menesteres.

El sastre comienza a inventar complicaciones y a vestir a la humanidad con ellas. Desde los *kalasiris* egipcios, los *abas* árabes, los *kaudivx* medos, los *caftanes* y las *poémulas* israelitas, el *zitón*, el *epumis* y el *diploidiom* de los griegos, la *toga*, la *palla* y la *poémula ritsinium* de los romanos, sin citar al *paludamentum*, que tal vez resultase un inoportuno alarde de erudición de manual, hasta los trajes de hoy llenos de resquicios, de risas y de costuras.

El sastre, a quien tanto tememos todos, porque nos somete a atroces torturas y no nos permite hacer la más tímida objeción sobre la hechura de la prenda cuya confección le hemos encomendado, alegando extrañas corrientes de la moda y queriendo siempre llevar la razón, hubo de tropezar con un inconveniente el día que los hombres tuvieron que llevar consigo algún objeto — una moneda, un papiro, un estuche — de un lado para otro, y quisieran llevar las manos desocupadas.

Ante esta necesidad, el carcaj, la escarcela, todo lo que pudiese el hombre llevar colgado, no eran más que soluciones interinas al problema que más tarde, cuando las necesidades de la civilización hiciesen al hombre llevar consigo toda clase de objetos distintos, había de resolverse con la maravillosa invención del bolsillo, última palabra de la utilidad para el hombre moderno.

Tan sencillo, tan natural y sorprendente como el huevo de Colón, el hecho de abrir en los ropajes un resquicio, una especie de doble fondo de prestidigitador, donde llevar papeles, carteras, lápices, relojes, dinero y todo lo que podemos necesitar inmediatamente, es de una importancia extraordinaria.

Vale la pena de pensar en esto para reconocer todo lo que debemos a los bolsillos, la hospitalidad generosa que conceden a nuestros

objetos, el calor maternal que nos prestan en los días de frío, la discreción con que brindan un cobijo para nuestras manos en los momentos de azoramiento, en que no sabemos qué hacer con los brazos, como malos cómicos, que no sabemos tener soltura en el escenario de la vida.

Quien denigre a los bolsillos, ya con obras, merecería un traje sin ellos, al que no podría acostumbrarse nunca y que le haría ver cuán necesarios son para el hombre de nuestros días.

Hay que tratarlos bien y llenarlos de cosas, que es lo que ellos quieren.

Los bolsillos grandes son un motivo de orgullo para su poseedor, que se felicita de ello como de tener un estómago bien organizado.

—¡Mire, mire usted qué bolsillos tiene este gabán! — dice nuestro amigo, metiendo los brazos hasta el codo en los bolsillos insondables—. Llegan hasta casi el fondo del abrigo. Caben en ellos libros, revistas, aparatos, paquetes, todo, todo, por grande que sea.

Y mientras nuestro amigo elogia sus bolsillos inmensos, no habrá quien diga, por el contrario, que sus bolsillos son pequeñísimos y que apenas cabe en ellos una nuez o un reloj extraplano. Si se jactara de eso, los demás tendrían de él la impresión de un hombre afeminado y minucioso, sin la varonil amplitud generosa de los hombres de bolsillos en que caben muchas cosas.

Debemos hacer con frecuencia arqueos de nuestros bolsillos, como se hace en los Bancos arqueos de caja. Siempre encontraremos en ellos algún papel que teníamos olvidado y que, muy arrugadito, lamentaba nuestro olvido en un rincón.

Se llenan de cosas que llevamos a ellos con admirable tolerancia; de cosas que se amontonan hasta rebosar y que debemos seleccionar de vez en cuando.

Debemos también limpiar sus fondos, como los barcos hacen en los puertos. Siempre tienen pelusas y migajas que no sabemos cómo han entrado, o si son generación espontánea o, más bien, la secreción interna de los bolsillos.

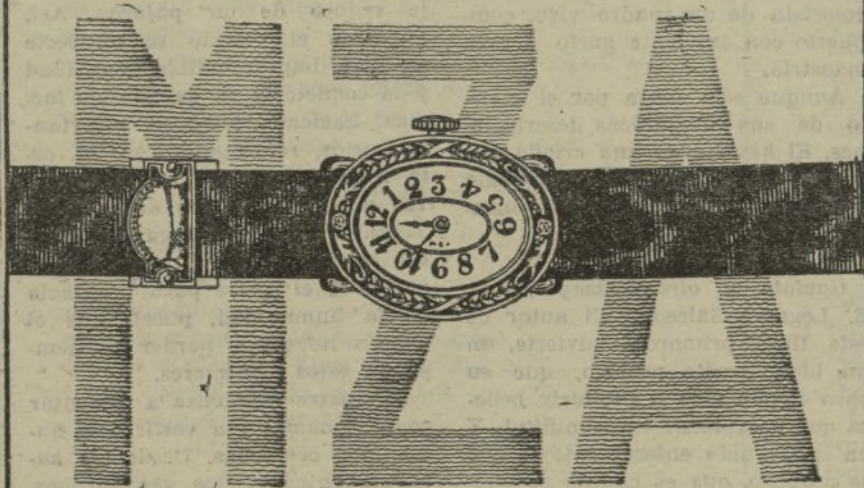
Cuanto más llenos los llevemos, mayor será la sensación de actividad que demos a la gente. Un hombre con los bolsillos vacíos es un hombre que no hace nada o que no pone su corazón en lo que hace, porque los bolsillos son el alma de nuestros trajes, y lo único que al exhumar los trajes viejos, volcando su almacén de papeles, encontramos en el fondo una nota, una carta, unas señas o un confetti de Carnaval lejano, que ha anidado en una costura ignota, que nos dan un recuerdo sugerido, de esos que tanto se agradecen y se paladean.

José LOPEZ RUBIO

Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá
(esquina a Barquillo)

CARLOS COPPEL



Fuencarral, 27

HELIOF

